

irse acercando a su nivel mínimo de subsistencia, a menos que la tendencia de la población a incrementarse fuera frenada por una serie de "restricciones morales". Este era el sentido que tenía la férrea ley de salarios, de Ricardo, según la cual el valor de los mismos en el mercado tendía a ser igual que su valor natural, siendo éste "el importe necesario para que los trabajadores puedan, uno con otro, subsistir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución". Esta teoría de los salarios ha sido calificada a veces como teoría de los fondos para salarios, por suponer que los mismos eran pagados "del capital"; esto es, como teoría del fondo necesario para salarios con el fin de dar efecto al trabajo. También de ella se sigue que cualquier interferencia en el libre mercado del trabajo (como, por ejemplo, la legislación de beneficencia o de salarios mínimos) conducirá probablemente a un incremento más rápido de la población, frustrándose con ella la perseguida meta del mejoramiento en las condiciones de vida de los pobres. Según las palabras de Ricardo, "Es una verdad, que no admite duda, que la comodidad y el bienestar del pobre que no pueden asegurarse permanentemente sin ciertas consideraciones por parte del mismo, o algún esfuerzo por parte de la legislación, para regular el aumento del número de pobres y hacer menos frecuentes entre ellos los matrimonios prematuros y precipitados. El efecto de las leyes de beneficencia ha sido precisamente contrario a esto. Han hecho inútiles las restricciones y han invitado a la impremeditación, ofreciendo a ésta una porción de los salarios que correspondían a la prudencia y la laboriosidad." La ciencia económica se hizo, en verdad, un saber lúgubre.

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA

Parte II: Producción de la Riqueza

SECCION I: DEFINICION DE LA PRODUCCION —EL TRABAJO COMO FUENTE UNICA DE LA RIQUEZA.

Todas las operaciones de la naturaleza y el arte pueden reducirse a *trasmutaciones*, y realmente consisten en éstas: es decir, en cambios de forma y lugar. Por producción, en la ciencia de la Economía Política, no hemos de entender la producción de la materia, pues ella es atributo exclusivo de la Omnipotencia, sino la producción de *utilidad*, y en consecuencia de un valor de cambio, mediante la conveniente adaptación y modificación de una materia ya existente, para que sirva a la satisfacción de nuestras necesidades y contribuya a proporcionarnos un disfrute. El trabajo que se emplea así es la única fuente de la riqueza. La naturaleza ofrece espontáneamente la materia de que se hacen todas las mercancías; pero es totalmente carente de valor, y ni es ni ha sido considerada nunca engendradora de riqueza, mientras no se le aplique un trabajo que disponga convenientemente de la materia, o la adapte a nuestro uso. Coloquémonos en las orillas de un río, o en medio de un huerto, y moriremos infal-

blemente de sed o de hambre, si, por un esfuerzo de industria, no llevamos el agua a nuestros labios o no tomamos la fruta de los árboles. Rara vez no obstante, es suficiente la simple apropiación de la materia. En la inmensa mayoría de los casos se requiere un trabajo no solamente para tomarla, sino también para transportarla de un lugar a otro y darle aquella peculiar forma y figura sin las cuales sería totalmente inservible e incapaz de satisfacer nuestras necesidades o nuestros caprichos. El carbón que quemamos en nuestros hogares está profundamente enterrado en las entrañas de la tierra y carece en absoluto de valor hasta que el trabajo del minero lo haya extraído de la mina y se haya colocado en situación de poder hacer uso de él. Las piedras y el mortero de que están hechas nuestras casas, y los materiales vastos e informes que sirvieron para preparar los varios objetos útiles y de ornamento que en ellas se ven, estaban en su estado original igualmente desprovistos de valor y utilidad. Y de la innumerable variedad de productos animales, vegetales y minerales que constituye la materia de nuestro alimento y nuestro vestido, no había nada utilizable al principio; en cambio, muchos eran nocivos en extremo para el hombre. Es el trabajo de éste lo que da valor a aquellos productos, nulifica sus malas cualidades y hace que satisfagan sus necesidades o sirvan para su comodidad y gozo. "El trabajo fue el precio primero, la moneda original de compra que se pagaba por todas las cosas. En un principio no fueron el oro ni la plata, sino el trabajo, el que servía para comprar todas las riquezas del mundo".

Si observamos el progreso y seguimos la historia del humano linaje en los diferentes países y estados de la sociedad, hallaremos que el confort y la felicidad de que disfrutó siempre han estado en proporción muy estricta a la capacidad que ha tenido para conseguir la adaptación de los productos en bruto que ofrece la naturaleza, y acomodarlos y plegarlos a su uso. El salvaje cuyo trabajo se limite a coger frutos silvestres o a recoger los moluscos de las costas, está en el peldaño íntimo de la escala de la civilización y, en cuanto a comodidades, queda muy por debajo de muchos animales inferiores. El paso *primero* que se da en el progreso de la sociedad data del momento en que el hombre aprende a cazar animales selváticos, a alimentarse de su carne y a vestirse con sus pieles. Mas el trabajo que se reduce a la caza es extremadamente estéril e improductivo. Las tribus de cazadores, al igual que animales de presa, con los que se ha dicho justamente guardan estrecha semejanza por sus hábitos y modos de subsistencia, apenas se extiende por la superficie del país que ocupan; y, a pesar de lo pocos que son, cualquier escasez desacestumbra de la caza los empuja inevitablemente a una extrema indigencia. El *segundo* paso en el progreso de la sociedad se gana cuando las tribus de cazadores y pescadores aprenden a consagrar su trabajo a la domesticación de animales salvajes y a formar rebaños, como los antiguos escitas y los modernos tártaros. La subsistencia de los guardadores de ganado y pastores es mucho menos

precaria que la de los cazadores, pero les faltan casi por completo todas las comodidades y exquisiteces que dan a la vida civilizada su valor principal. El tercero y más decisivo paso en el progreso de la civilización —en el gran arte de producir las cosas necesarias y convenientes para la vida— tiene efecto cuando las tribus errantes de cazadores y pastores renuncian a sus hábitos migratorios y se hacen agricultoras y manufactureras. Es entonces, propiamente hablando, cuando el hombre empieza a aprovecharse plenamente de sus facultades productivas, dejando a un lado su indolencia natural. Se torna laborioso y, por consecuencia inevitable, sus necesidades se ven colmadas por primera vez y gana un dominio cada vez mayor sobre los artículos indispensables para su confort, lo mismo que para su subsistencia...

Es al trabajo, por tanto, y sólo al trabajo a quien debe el hombre todo lo que él posee y todo lo que tiene un valor para poderse cambiar. El trabajo es el talismán que ha levantado al hombre sobre la condición del salvaje, el que ha transformado al desierto y al bosque en terrenos cultivados, el que ha llenado de tierra de ciudades y el océano de barcos, el que nos ha dado abundancia, confort y elegancia, en sustitución de la necesidad, la miseria y la barbarie.

Establecido este principio fundamental, se sigue necesariamente que el gran problema práctico implicado en la parte de la Economía política que trata de la producción de la riqueza debe resolverse discutiendo cuáles sean los medios que hacen más eficaz al trabajo, o gracias a los cuales pueda obtenerse con la menor cantidad posible de trabajo la mayor suma de productos necesarios, útiles y deseables. Toda medida que tienda a incrementar el poder del trabajo, o a reducir el costo de los artículos producidos por él, debe aumentar en la misma proporción nuestro poder de obtener bienes y riquezas. Por el contrario, toda medida o reglamentación que tienda de algún modo a derrochar el trabajo o a elevar el costo de producción de los géneros, deberá igualmente menguar aquel poder. Este es, pues, el criterio simple y decisivo que nos ha de servir para juzgar la conveniencia de cualquier medida que afecte a la riqueza del país, y el valor de todo invento. Si logran que el trabajo sea más productivo, si tienden a reducir el valor de cambio de las mercancías, a hacerlas más fácilmente obtenibles o a llevarlas a manos de mayor número de personas en la sociedad, serán ventajosas. Pero serán indudablemente desfavorables si su tendencia es diferente. Considerado desde este punto de vista, el gran sector de la Economía política que trata de la producción de la riqueza resultará sumamente simple y comprensible con facilidad.

Según se aplique a la obtención de la materia prima, a la elaboración de ésta una vez obtenida en artículos de utilidad, conveniencia u ornato, o al transporte de la materia prima y los productos elaborados de un país a otro, el trabajo se denominará agrícola

industrial o comercial. El estudio propio y conveniente para el agricultor, el industrial y el comerciante consiste en familiarizarse con los procesos determinados y los métodos más ventajosos para aplicar el trabajo a cada una de estas grandes divisiones de la laboriosidad. No incumbe al economista político entrar en los detalles de los negocios o las profesiones particulares. Se ciñe a investigar los medios para lograr que el trabajo resulte más productivo y para aumentar su poder en todos los aspectos de la industria.

SECCION IV. LOS PERFECCIONAMIENTOS DE LA MAQUINARIA SON SIMILARES EN SUS EFECTOS A LAS MEJORAS EN LA HABILIDAD Y DESTREZA DEL TRABAJADOR —NO OCASIONAN UNA SATURACION DE MERCANCIAS— A VECES OBLIGAN A LOS OBREROS A CAMBIAR DE TRABAJO, PERO NO TIENDEN A DISMINUIR LA DEMANDA DE MANO DE OBRA —EL CASO SUPUESTO POR MR. RICARDO CON RESPECTO A LA MAQUINARIA ES POSIBLE, PERO ES IMPROBABILISIMO QUE PUEDA OCURRIR JAMAS— LA VERDADERA CAUSA DE LAS SATURACIONES.

Antes de proceder a examinar las diversas consecuencias negativas que se ha supuesto derivarían de al indefinida extensión y perfeccionamiento de la maquinaria, puede notarse que las mismas consecuencias se seguirían del mejoramiento continuo en la habilidad y laboriosidad del trabajador. Si la construcción de una máquina que fabricara dos pares de medias con el mismo gasto que antes se requería para hacer un par resultara de alguna forma perjudicial para el trabajador, el perjuicio sería el mismo que si se lograra idéntico resultado por medio del aumento en la destreza y habilidad de los calceteros: si, por ejemplo, las mujeres que solían tejer dos o tres pares de medias en una semana pudieran tejer cuatro o seis en el futuro. Evidentemente, no hay diferencia alguna entre los dos casos. Y si la demanda de medias había sido cubierta ya suficientemente, M. Sismondi no podría dudar, de acuerdo con los principios que ha propuesto, en condenar esa mejora como un gran mal, como algo que privaría de sus empleos a la mitad de las personas que se dedican a la fabricación de medias. La cuestión del mejoramiento de la maquinaria es, por ende, en el fondo la misma que la del perfeccionamiento de la ciencia, la habilidad y la laboriosidad del trabajador. Los principios que deciden nuestro juicio en un caso deben también decidirlo en el otro.

Para mejor apreciar los efectos que resultan tanto de aumentar la habilidad y destreza manual del trabajador, como de un perfeccionamiento de las herramientas o máquinas que éste utiliza, supongamos que las potencialidades productivas de la industria se aumentan universalmente y que el trabajador dedicado a cada oficio diferente puede, con el mismo esfuerzo, producir diez veces más artículos que al presente: ¿No es evidente que esta incrementada fa-

cilidad de producción aumentaría la riqueza y los medios que disfrutara de cada individuo en proporción decuplicada? El zapatero que antes sólo podía hacer un par de zapatos al día podría ahora perfeccionar diez. Pero, como en todos los sectores de la producción se habría conseguido un perfeccionamiento igual, podría obtener diez veces la cantidad de todos los demás productos a cambio de sus zapatos. En el país donde se diera este caso, cada trabajador podría disponer de una gran cantidad de su obra, más de lo que realmente tuviera ocasión para ello; y como todos los demás trabajadores estarían en la misma situación, todos podrían cambiar sus bienes por una gran cantidad o, lo que viene a ser lo mismo, por el precio de una gran cantidad de los géneros de los demás. La condición de semejante sociedad sería dichosa en extremo. Todas las necesidades, lujos y conveniencias de la vida se difundirían universalmente.

Cabe preguntarse, empero, si la demanda sería suficiente para absorber esta incrementada cantidad de artículos. ¿No provocaría su multiplicación excesiva en el mercado una saturación tal que obligara a venderlas a un precio tan bajo que no cubriese siquiera su menguado costo de producción? Pero no es necesario, para conseguir un aumento en las potencias productivas del trabajo útil de la sociedad, que dichas potencias se expriman hasta lo último. Si el poder del trabajador sobre las necesidades y comodidades de la vida aumentara de pronto diez veces más con respecto al que tiene ahora, también aumentarían mucho su consumo y su ahorro; pero de ninguna manera es probable que siguiera esforzándose para sacar partido de todas sus potencias. En semejante sociedad los trabajadores no se entregarían doce o catorce horas diarias a un trabajo agotador, ni los niños estarían emparedados desde su más tierna infancia en una fábrica algodonera. El obrero podría entonces dedicar una gran parte de su tiempo, sin poner en peligro su sustento, a distraerse y cultivar su espíritu. Solamente donde las fuerzas productivas de la industria son relativamente débiles, donde los alimentos tienen que sacarse de suelos fértiles sólo en cuarto o quinto grado, o donde el exceso de población, es donde los trabajadores se ven obligados a realizar estos esfuerzos excesivos. El único valor de los salarios altos está en que puede adquirirse con ellos mayor cantidad de cosas cómodas; y entre éstas no es la menos importante el mayor tiempo que puede dedicarse a la diversión. Dondequiera que hay salarios altos y poco expuestos a fluctuaciones se encontrarán obreros activos, inteligentes e industriosos. Y no hacen su trabajo con la misma intensidad que aquellos otros obligados por la necesidad más severa a exprimir cada músculo hasta el máximo. Están en situación de poder disfrutar de sus intervalos de descanso y relajamiento; y habrían que censurarlos si no lo hicieran.

Supongamos, no obstante, que la potencia productiva de la industria se aumenta diez veces; más aún: supongamos que se aumenta

diez mil veces y que ha sido llevada al máximo de su capacidad. Pues incluso así es fácil ver que no podría provocar una saturación duradera en el mercado. Es verdad que los individuos más laboriosos pueden producir artículos que los menos diligentes —los que prefieren la indolencia al esfuerzo— no podrán adquirir con sus medios de compra, o para los cuales no podrán encontrar un equivalente. Pero la saturación que surgiría en una contingencia así tiene que desaparecer rápidamente. El objeto de cada uno al poner en tensión su capacidad productiva ha de ser: o consumir directamente el producto de su mismo trabajo, o cambiarlo por las mercancías que desee obtener de otros. Si hace esto último, si produce artículos y los ofrece para cambiárselos a otros, que son incapaces de darle a él los que desca obtener, será culpable de un error de cálculo; él debió habérselas ofrecido en cambio a otros distintos o dedicarse él mismo a producir directamente los artículos que deseaba. Y si el gobierno no interviene para salvarlo de las consecuencias de su equivocación, no pudiendo alcanzar su objetivo mediante un intercambio, tendrá que buscar inmediatamente otra ocupación y producir únicamente los artículos que quiera consumir. Está claro, pues, que una facilidad de producción universalmente incrementada nunca puede ser causa de una sobrecarga permanente del mercado. Supóngase que la suma de capital e industria comprometida en cada uno de los diversos ramos en este país esté de acuerdo con la demanda efectiva y que todos obtengan el mismo beneficio neto; si la potencia productiva del trabajo se aumentara universalmente, los artículos producidos seguirían conservando todos la misma relación mutua. De una cierta mercancía se daría el doble o el triple por el doble o el triple de cada una de las demás. Se produciría un aumento general de la riqueza de la sociedad; pero no habría exceso de mercancías en el mercado, y los equivalentes aumentados por un lado estarían equilibrados precisamente por los equivalentes, incrementados en el otro. Habría, sin embargo, un exceso temporal, indudablemente, si una parte de los productos fuera laboriosa y la otra indolente. Está claro, sin embargo, que este exceso provendría de la deficiente producción de la clase ociosa. No es consecuencia de haber aumentado demasiado la producción, sino de haberla aumentado demasiado poco. Auméntese más, hágase que la clase indolente produzca lo mismo que las otras, y entonces podrán proporcionar a éstas los equivalentes para sus artículos y el exceso desaparecerá inmediatamente...

... Ahora la verdadera cuestión viene a ser —si es que puede ponerse en cuestión semejante asunto— si es o no ventajoso que podamos producir baratos estos artículos. El comercio exterior es beneficioso porque, gracias a él, exportando un país los productos de aquellos ramos de la industria para los que tiene alguna ventaja especial, puede importar los productos de otros ramos en los cuales la ventaja está de parte del extranjero. Mas, para asegurar este beneficio, no es necesario que todo el capital del país esté invertido en dichos ramos particulares. Inglaterra puede suministrar mejores y